

## EL BAUTISMO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALF. R. S. J. REYES"  
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

VAMOS, doctor, un poco de coñac.  
—Con mucho gusto.

Y el viejo médico de la Armada, habiendo alargado el brazo para presentar su copita, vió cómo se iba ésta llenando hasta los bordes con el delicioso líquido de reflejos dorados.

Luego se la puso á la altura de los ojos, para mirar á través la luz de la lámpara; se la acercó á las narices y aspiró; se la llevó á los labios, y vertiendo algunas gotas en ellos, las paladeó delicadamente y dijo:

—¡Oh, el precioso veneno, el seductor asesino, el delicioso destructor de los pueblos! Vosotros no lo conocéis. Leisteis seguramente el admirable libro que se llama *L'Assommoir*; pero no habéis visto, como yo, de qué manera el alcohol exterminaba una tribu de salvajes, el inhumano alcohol llevado en toneles panzudos y desembarcado tranquilamente por los marineros ingleses de barbillas rojas.

Y he visto también, con estos ojos míos, un drama producido por el alcohol, bien extraño y conmovedor, muy cerca de aquí, en Bretaña, en un villorrio de las cercanías de Pont l'Abbé.

Habitaba yo entonces, durante una licencia de un año, una casa de campo que me había dejado mi padre. Ya conocéis esa región plana, esa costa arenosa don-

de el viento silba en los juncales de noche y de día, donde á trechos aparecen de pie ó echadas esas enormes piedras que fueron dioses y que han guardado algo de alarmante en su postura, en su aspecto y en su forma. Siempre me parece que han de animarse de pronto, y recorrer la campiña con paso lento y pesado, con paso firme de colosos de granito, ó volar con alas inmensas, con alas de piedra también, hacia el paraíso de los druidas.



El mar cierra y domina el horizonte; el mar agitado, lleno de escollos rodeados siempre de espuma, que aparecen como negras cabezas de perros que aguardaran á los pescadores.

Y los hombres se lanzan á ese mar terrible que vuelca sus lanchones con una sacudida de su lomo verde y los traga como pildoras. Se lanzan en sus barquichuelos de día y de noche, atrevidos, afanosos y borrachos. Borrachos lo están con mucha frecuencia, y lo disculpan diciendo: «Cuando la botella está llena se ven los escollos, pero con la botella vacía, no se ve nada.»

Entrad en sus cabañas. Nunca encontraréis al hombre. Y si preguntáis á la mujer dónde se halla el marido, tenderá su brazo sobre el mar terrible que ruge y salpica la costa con su blanca saliva. El hombre ha naufragado una noche que bebió con exceso. El hijo mayor, también. Quedan aún cuatro muchachos crecidos, robustos y rubios. Pronto les tocará el turno.

En mi casa de campo, cerca de Pont l'Abbé, vivía yo solo con mi criado, un viejo marinero, y una familia bretona que guardaba la finca en mi ausencia y se componía de tres individuos: dos hermanas y un hombre casado con una de ellas, el cual cultivaba mi jardín.

Aquel año, hacia Navidad, la mujer de mi jardinero tuvo un hijo, y me hicieron padrino. Era im-

posible negarse, y el padre, al exponerme su pretensión, me pidió diez francos para los gastos de la parroquia.

La ceremonia debía celebrarse el 2 de Febrero. Desde ocho días antes, la tierra estaba cubierta de nieve, como si una inmensa alfombra blanca y dura se hubiera extendido por sobre la campiña. El mar ennegreciase contrastando con la playa, y se agitaba alzando su lomo deshecho en olas amenazadoras, como si quisiera arrojarse sobre su pálida vecina, que parecía muerta; de tal modo se mostraba silenciosa, fría y pálida.

A las nueve de la mañana, Kerandec llegó á mi puerta con su cuñada Kermagan; tras ellos iba la comadrona llevando al niño envuelto en una colcha.

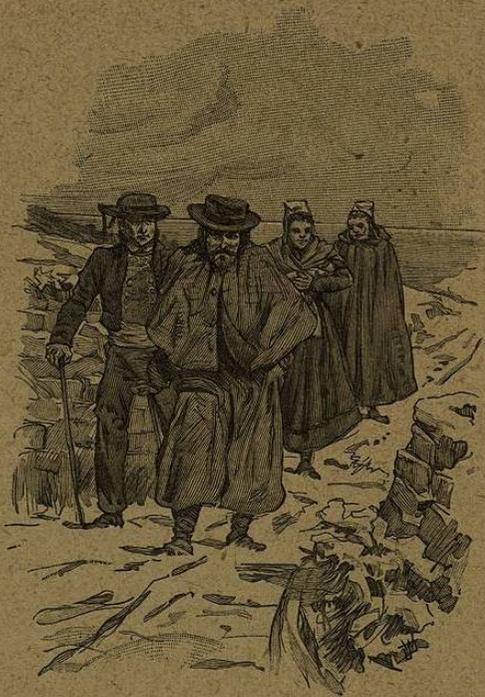
Y nos dirigimos á la iglesia con un frío bastante para hendir los dólmenes; uno de esos fríos desgarradores que cuartean la piel y hacen padecer horriblemente con su contacto que hiela y abrasa. Yo me preocupaba por el pobre pequeñuelo, pensando que la raza bretona era de hierro, seguramente para que sus criaturas pudieran desde su nacimiento soportar aquellas temperaturas.

La puerta de la iglesia estaba cerrada todavía. El señor cura se retrasaba.

La comadrona, sentándose en un poyo cerca del umbral, empezó á desenvolver á la criatura. Creí que lo hacía para secarle, pero lo dejó desnudo,

absolutamente desnudo. Avancé hacia la mujer, sublevado por tal imprudencia.

—¿Se ha vuelto usted loca ó se propone matar le?



La mujer respondió plácidamente:

—No, señor amo; es preciso recibir el bautismo de Dios completamente desnudo.

El padre y la tía miraban aquello con tranquilidad. Era la costumbre. De no hacerlo así, hubieran creído labrar la desgracia del pequeño.

Me incomodé, insulté al hombre y amenacé con irme si no abrigaban á la tierna criatura. Todo fué inútil; la comadrona huía de mí, corriendo sobre la nieve, y el cuerpo de mi ahijado se amorataba. Ya me había resuelto á retirarme, para no ser cómplice de aquellas bestias, cuando apareció el cura seguido del sacristán y de un muchachuelo.

Corrí hacia él, dándole cuenta en exaltados tonos de mi justa indignación. No se sorprendió ni se apresuró, respondiéndome tranquilamente:

—Qué quiere usted, caballero; es la costumbre. Lo hacen todos; no podemos impedir que lo hagan éstos.

—Pues ya que ha de ser así, apresure usted la ceremonia — le dije.

El repuso:

—No puedo ir más de prisa.

Y entró en la sacristía mientras nosotros quedábamos en el umbral de la iglesia. Yo padecía más que mi pobre ahijado, el cual no dejaba de berrear, sintiendo las picaduras del frío.

La puerta se abrió al fin, y entramos. Tuvieron desnudo al niño durante toda la ceremonia, que fué interminable.

El cura masculaba las sílabas latinas que salían

de su boca desfiguradas de sentido. Se movía con lentitud, con una lentitud de tortuga sagrada, y su sobrepelliz blanca helaba mi corazón como otra nieve en que se envolviera para hacer sufrir en nombre de un Dios inclemente y bárbaro á la pobre larva humana torturada por el frío.

Terminados todos los ritmos bautismales, la comadrona envolvió nuevamente en la colcha al niño helado que gemía con voz aguda y dolorida.

El cura me dijo:

—¿Quiere usted firmar el registro?

Dirigiéndome á mi jardinero, exclamé:

—Pronto, á casa de prisa; y calentad bien á esa criatura.

Le di algunos consejos para evitar—si era tiempo aún—la pulmonía.

El hombre prometió obedecerme, yéndose con su cuñada y la comadrona. Yo entré con el cura en la sacristía.

Cuando hube firmado, me pidió cinco francos por los derechos.

Como había dado ya diez para este objeto, creyendo que los derechos estaban pagados, me negué á satisfacerlos. El cura me amenazó con rasgar la hoja del registro y anular la ceremonia. Yo le amenacé con recurrir al Juzgado.

Después de una querrela muy larga y desagradable, acabé por pagar.

Apenas llegado á mi casa, quise enterarme de si había ocurrido algún contratiempo á la criatura. Pero ni Kerandec, ni su cuñada, ni la comadrona, habían vuelto aún.

La parida estaba sola, temblando de frío en la cama y quejándose de hambre, pues no había comido nada desde el día anterior.

—¿A dónde demonios habrán ido?—pregunté.

Y ella respondió, como la cosa más natural del mundo:

—Habrán ido á celebrar el acontecimiento.

Era la costumbre.

Me acordé al momento de mis diez francos, que, pedidos para pagar los derechos de la parroquia, se convertirían sin duda en alcohol.

Envié un caldo á la madre, mandando encender abundante fuego en su chimenea. Ansioso y furioso, me prometía echar de casa aquellas bestias, y me preguntaba con terror qué sería del miserable pequeñuelo.

A las seis de la tarde no habían comparecido aún. Mandé á mi criado que los aguardara y me acosté.

Dormíme pronto, con el sueño pesado de un marinero.

A la madrugada me despertó mi criado, trayéndome agua caliente para afeitarme.

Al abrir los ojos, pregunté:

—¿Y Kerandec?

Mi criado, después de dudar un momento balbuceó:

—¡Ah, señor amo; ha vuelto después de media noche, borracho como una cuba; tan borracho que



apenas podía moverse! Y su cuñada también; y la comadrona también. Creo que han dormido en el campo. De manera que la criatura se ha muerto, sin que ninguno de los tres lo notara.

Levantándome de un salto, exclamé:

—¿Ha muerto el niño?

—Sí, señor. Lo han llevado muerto á su madre.

Cuando lo ha visto, se ha puesto á llorar, y para consolarla la han hecho beber.

—¿Cómo? ¿La han hecho beber?

—Sí, señor. Acabo de saberlo ahora mismo. Como Kerandec no tenía ni aguardiente, ni dinero, cogió la botella del petróleo y bebieron los cuatro hasta la última gota. La parida está grave.

Me había vestido rápidamente, y cogiendo un bastón, resuelto á castigar la bestialidad de aquellas gentes, corrí hacia la casa de mi jardinero.

La madre agonizaba, borracha de petróleo, junto al cadáver del niño.

Kerandec, la comadrona y la cuñada, roncaban tendidos en el suelo.

Tuve que cuidar á la enferma, la cual murió á las pocas horas.

Cuando el médico hubo acabado su narración, cogió de nuevo la botella del coñac, y alzando su copita, observó cómo se iba ésta llenando hasta los bordes con el delicioso líquido de reflejos dorados; y después de mirar al trasluz aquel jugo transparente, semejante á un topacio derretido, tragó de un sorbo el veneno pérfido y ardiente.



## IMPRUDENCIA

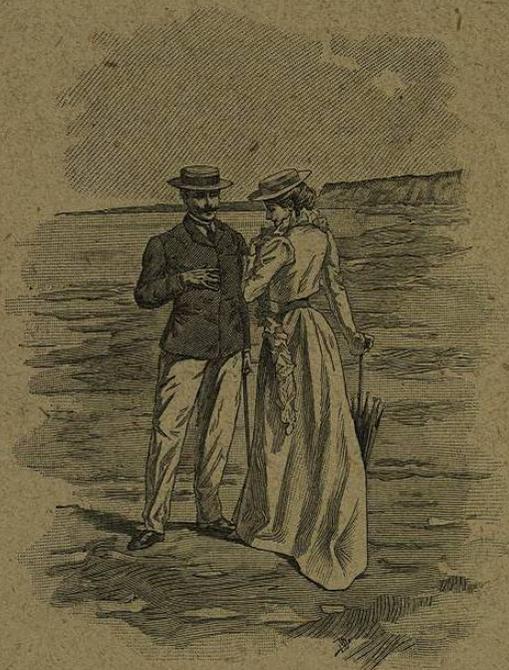
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALF. H. M. H. S."  
Año. 1923. MONTELEONE, MEXICO

ANTES de casarse habíanse amado castamente. Amores en la luna. La vió por vez primera en una encantadora playa del Océano, pareciéndole deliciosa cuando paseaba con sus vestidos frescos y sus sombrillas claras, destacando su esbeltez sobre los horizontes marítimos. Enamoróse de aquella criatura rubia y delicada entre las olas azules y el cielo inmenso, y confundía la ternura que aquella mujer apenas salida al mundo le hacía sentir con la emoción vaga y poderosa que despertaban en su alma, en su corazón y en sus venas, el aire vivo y salado y el paisaje lleno de sol y de perfumes.

Ella le había querido, sencillamente porque él la obsequiaba, porque era joven, bastante rico, gallardo y atento. Le quiso, porque es natural que las muchachas se encariñen con los jóvenes que las dicen ternuras.

Durante tres meses habían vivido el uno cerca

del otro, con los ojos fijos en los ojos y las manos enlazadas. Los buenos días que se daban por la mañana antes del baño y el adiós de la noche á la



luz de las estrellas, murmurados en voz baja, muy baja, tenían cierto sabor de besos, aunque sus labios no se habían encontrado nunca.

En cuanto se dormían soñaban el uno en el otro,

y pensaban el uno en el otro en cuanto se despertaban; sin decírselo aún, se llamaban y se deseaban con toda su alma y con todo su cuerpo.

Después de casados aumentaron sus adoraciones terrenas. Aquello fué al principio un especie de rabia sensual é infatigable; luego una ternura insinuante, una poesía carnal de caricias ardientes y de invenciones delicadas y maliciosas. Todas sus miradas significaban algo impuro y todos sus gestos les recordaban las voluptuosas intimidades de sus noches. Sin embargo, sin confesárselo, sin comprenderlo siquiera tal vez, empezaban á cansarse el uno del otro. Se querían mucho aún, pero no tenían nada que decirse, nada que hacer que no se hubieran dicho, que no hubieran hecho mil veces; nada podían comunicarse, ni siquiera una frase de amor nueva, un apasionamiento imprevisto, una entonación que hiciese más ardoroso el verbo con tanta frecuencia repetido.

Y á pesar de todo, esforzábanse por reanimar la agonizante llama de sus primeras caricias. Imaginaban diariamente dulces engaños, niñerías inocentes y complicadas, una porción de tentativas desastrosas para que reviviera en sus corazones el ardor que les pareció inextinguible durante los primeros días, y en sus venas el fuego del mes nupcial.

De cuando en cuando, á fuerza de fatigar su deseo, encontraban una hora de ficticio apasio-

namiento al que seguía una laxitud desapacible.

Habían resuelto gozarse á la luz de la luna, en los paseos, bajo las hojas, al caer de la tarde; habían probado la poesía de las riberas brumosas y la excitación de las fiestas populares.

Una mañana Enriqueta dijo á Pablo:

—¿Quieres llevarme á comer fuera de casa?

—Ya lo creo, nena mía.

—Pero ha de ser en un sitio muy... frecuentado.

—Será donde tú quieras.

La miró, interrogándola con los ojos, comprendiendo que su mujer pensaba en algo que no le quería decir.

Enriqueta prosiguió.

—Sabes; en un sitio... ¿Cómo te lo diría?... En un sitio á donde vayan gentes que se dan cita... ¿sabes?

Pablo sonrió.

—Sí, comprendo. En el gabinete particular de un café conocido.

—Eso. Pero de un gran café donde tú hayas cenado ya otras veces... En fin... Yo querría... No sé cómo decírtelo.

—Dilo, nena de mi alma. Entre nosotros, ¿qué importa? No hay secretos de ti para mí.

—Sin embargo... no me atrevo... Adivínalo tú.

—Vaya, no te hagas la inocente.

—Pues bien... Yo quisiera... Yo quisiera que me tomasen por tu querida .. Que los mozos, no sabien

do que te has casado, imaginaran que... Y tú también creyeras durante una hora que soy tu querida, en un lugar que tenga para ti cierta clase de recuerdos... Ya lo ves... Hasta yo te supondría mi amante... Cometería un desliz engañándote contigo mismo... Es una cosa fea... No hagas que me ruborice... Siento que me ruborizo sólo de pensarlo... No puedes imaginarte de qué modo me turba ese pensamiento... Comer contigo en un gabinete particular, á donde acuden amores distintos cada noche... Todas las noches... ¡Qué porquería! Estoy colorada como un pavo. No me mires...

Riendo, ilusionándose también con aquella idea, el marido respondió:

—Sí, nena mía; iremos esta misma noche á un café muy elegante donde me conocen mucho.

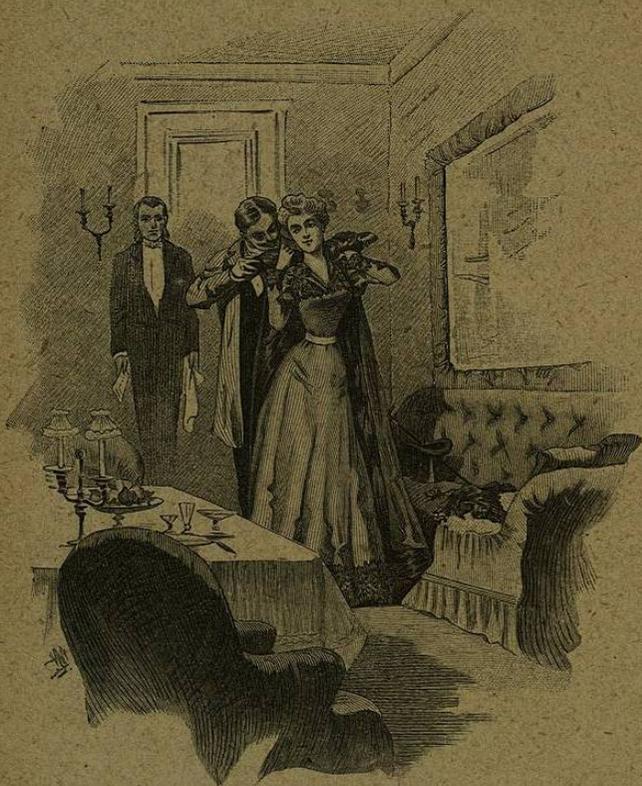
—Sí.

A eso de las siete, subían la escalera de un gran café del bulevar: él sonriendo con aire triunfador; ella tímida, envuelta en un velo, satisfecha. Cuando hubieron entrado en un gabinete donde había cuatro silloncitos y un ancho diván de terciopelo rojo, el camarero vestido de frac les ofreció la lista de platos. Pablo se la presentó á su mujer.

—¿Qué quieres que comamos?

—Yo no sé lo que suele comerse aquí.

Entonces Pablo leyó la letanía de manjares mien-



tras se quitaba el gabán y lo entregaba al mozo. Luego dijo:

—Sopa de hierbas, langostinos, pollo asado, rabadilla de liebre, ensalada de legumbres con mu-

cha pimienta y postres. Beberemos champagne.

El camarero, sonriendo y mirando á la señora, cogió la lista murmurando:

—¿El señor quiere tisana ó champagne?

—Champagne muy seco.

A Enriqueta le hizo mucha gracia comprender que el mozo conocía bastante á su marido.

Sentándose muy juntos en el diván empezaron á comer.

Las luces que les alumbraban, reflejándose en el espejo, hacían resaltar como una tela de araña el conjunto de nombres y cifras grabados en el cristal con diamantes.

Enriqueta bebía mucho para animarse, aunque desde el principio se hallaba ya bastante aturdida. Pablo, excitado por los recuerdos, besaba sin cesar la mano de su mujer. Sus ojos brillaban. Ella se sintió extrañamente conmovida en aquel lugar sospechoso; agitada, satisfecha, un poco intranquila, pero vibrante. Dos mozos graves, mudos, acostumbrados á verlo todo, á olvidarlo todo, á entrar solamente cuando era necesario y á salir en los minutos de expansión, iban y venían silenciosos.

Hacia la mitad de la comida Enriqueta estaba borracha, muy borracha, y Pablo, alegre, la oprimía la rodilla con toda su fuerza. Ella no dejaba de hablar, muy colorada, muy atrevida, con los ojos brillantes y húmedos.

—Vaya, Pablo, confiésate; yo querría saberlo todo.

—¿Qué, nena mía?

—No me atrevo á decírtelo.

—Dilo, dilo.

—¿Has tenido queridas... muchas queridas... antes de conocerme?

El dudaba, perplejo, no sabiendo si debía ocultar sus buenas fortunas ó vanagloriarse de haberlas gozado.

Ella insistía:

—¡Oh! Te lo ruego. ¿Has tenido muchas?

—Algunas.

—¿Cuántas?

—No lo sé... No es fácil recordar esas cosas.

—¿No las contaste nunca?

—Nunca.

—¿Habrán sido muchas?

—Bastantes.

—¿Cuántas, poco más ó menos? Dímelo aproximadamente.

—No puedo echar esa cuenta, nena mía. Unos años fueron muchas y otros años pocas.

—¿Cuántas al año? Dímelo.

—Algunas veces veinte ó treinta; otras veces tres ó cuatro... Según.

—En junto, más de cien mujeres.

—Aproximadamente, sí

—¡Oh, qué asco!

—¿Por qué dices «qué asco»?

—Porque sí... Es un asco... Tantas mujeres... desnudas... Y siempre... siempre la misma cosa... ¡Oh! Es un asco, aunque no te lo parezca... ¡Más de cien mujeres!

Extrañóle que juzgara de aquel modo, y respondió con el tono de superioridad que usan los hombres para demostrar á las mujeres que dicen una tontería.

—¡Tiene gracia! Si te parece asqueroso haber tenido trato con cien mujeres, también te lo parecerá con una sola.

—No, no es lo mismo.

—¿Por qué no?

—Porque una mujer es un afecto, es un amor que sujeta; pero cien mujeres son una porquería, un vicio. No comprendo cómo un hombre puede arrojarse á todas las mujeres que se le brindan... todas tan sucias...

—No, no creas que son tan sucias...

—No es posible que sean limpias con tal oficio.

—Al contrario; precisamente por tener ese oficio son limpias.

—¡Oh, calla! Pensando que la víspera hicieron lo mismo con otro... Es innoble.

—No es innoble beber en el vaso donde otro ha

bebido, si te lo dan bien lavado y con la certeza de que...

—¡Oh, calla! me repugna.

—¿Por qué me preguntaste si tuve queridas?

—Dime: ¿tus queridas eran todas mujeres galantes?... Las ciento.

—Todas no.

—¿Pues qué eran?

—Actrices... Modistillas... Y alguna señora casada.

—¿Cuántas señoras casadas?

—Seis.

—¿Seis nada más?

—Nada más.

—¿Y eran bonitas?

—Muy bonitas.

—¿Más que las otras?

—No.

—¿A cuáles preferías tú? ¿A las mujeres galantes ó á las casadas?

—A las galantes.

—¡Oh! Eres un sucio. ¿Por qué las preferías?

—Porque no me agradan ciertas aventuras.

—¡Qué horror! Eres aborrecible. ¿Sabes? Dime:

¿Y te divertía pasar así de una en otra?

—Claro.

—¿Te divertía mucho?

—Mucho.

—¿Y qué era para ti lo divertido? ¿Encontrarlas á todas distintas?

—Eso.

—Las mujeres, ¿no se parecen unas á otras?

—No se parecen.

—¿En nada?

—En nada.

—¡Qué gracioso! ¿En qué consisten las diferencias?

—Pues... en todo.

—¿En el cuerpo?

—Sí, en el cuerpo.

—¿En todas las formas del cuerpo?

—Sí, en todas.

—¿Y en qué más?

—En la manera de... acariciar, de hablar, de sonreír...

—¿Y son muy divertidos los cambios?

—Figúrate... La novedad...

—Oye: ¿los hombres serán también diferentes?

—Eso no lo sé.

—¿Que no lo sabes?

—No.

—Claro... deben ser diferentes.

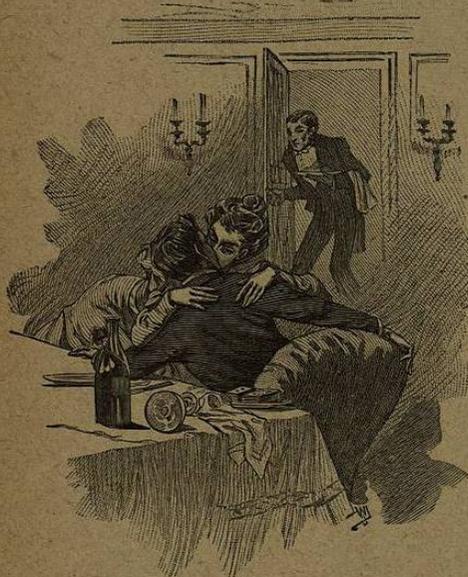
—Claro... Sin duda.

Ella quedó pensativa con la copa de champagne en la mano; luego la vació de un sorbo, y dejando

la copa sobre la mesa, lanzóse al cuello de su marido, murmurando á flor de labio:

—Te quiero mucho, mucho, mucho.

Se acariciaron locamente. Un mozo que entraba retrocedió, cerrando la puerta, y el servicio fué interrumpido durante cinco minutos.



Cuando el camarero reapareció con aspecto grave y digno, sirviendo el postre, la mujer tenía en la mano su copa llena, y miraba al fondo del líquido transparente y dorado

—como para descubrir cosas desconocidas y soñadas—murmurando con voz delirante:

—¡Oh, sí! Debe ser muy divertido eso, muy divertido.



## UN LOCO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO DE VES"  
Fdo. 1825 MONTERREY, MEXICO

MURIÓ de magistrado en el Tribunal Supremo. Había sido toda su vida un juez irreprochable. Le citaban como un modelo y le trataban con veneración.

Había empleado toda su existencia en perseguir á los criminales y proteger á los infelices. Los estafadores y los asesinos nunca tuvieron enemigo más terrible, porque parecía leer en el fondo de las almas los pensamientos más recónditos y descubrir con una sola mirada las más ocultas y misteriosas intenciones.

Murió á los ochenta y dos años, llorado y bendecido. Una muchedumbre le acompañó hasta el cementerio y sobre su tumba cayeron elogios y lágrimas.

Pero su notario halló en el escritorio donde guardaba el magistrado las pruebas de los más terribles delitos, un papel encabezado con estas palabras: ¿POR QUÉ? Y decía lo siguiente:

«20 de Junio de 1851.—Salgo de la sesión; hemos